

Frete libertario

Madrid 9 de octubre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 599

Es que Chamberlain "va a dejarse convencer" otra vez

Nadie medianamente equilibrado puede creer que las promesas de Mussolini son dignas de crédito

En todos los problemas que existen planteados en Europa y aun en el mundo entero, tiene intervención vitalísima el fascismo; y esto, no porque el fascismo lleve en sí un germen que dé lugar a modificación o rectificación de pasados errores, sino precisamente por todo lo contrario, porque en él, con el y por él nacen una serie de espinosísimos problemas que tienen soluciones muy difíciles, que son siempre incontables con la equidad y con la justicia. Es precisamente el egoísmo y la ambición desmesurada del fascismo el que ha dado lugar a cuantos motivos han producido peligro de guerra o han llegado a provocar la guerra misma. En Abisinia y en España --prescindimos de China por no ser un fascismo europeo el que allí provoca la catástrofe--, fué el fascismo el que dió lugar a que estallase la guerra; y el fascismo, sólo el fascismo, ha sido el que ha puesto en peligro la paz del mundo, con la anexión de Austria primero, y con la dominación de los sudetes después.

Ahora bien: ¿Ha encontrado el fascismo en todas sus aventuras imperialistas una oposición seria y a fondo, que corte de raíz sus maniobras? Como regla general, no; tan sólo en la réplica que le ha dado el pueblo español ha existido verdadera energía y oposición seria; precisamente por esto es por lo que la aventura española, sobre ser la más costosa para el fascismo, ha sido también la que más ha desprestigiado su tan cacareada potencia militar. Y es claro que, viendo que la prepotencia fracasa en tierras de España, a pesar de haberse materialmente volcado en efectivos militares y en combatientes más o menos voluntarios ("por la faja", como ha dado en llamarlos el casticismo madrileño), tienda a valerse de las concesiones y de las transigencias de las potencias democráticas para ver la manera de cancelar en una forma honrosa (honrosa para ellos) la cuestión española. No otro es el origen de la reanudación de las actividades diplomáticas entre Roma y Londres, y sólo ahí debe buscarse la facilidad con que los italianos, el fascismo italiano más concretamente, se aviene a una retirada simbólica de combatientes extranjeros de nuestra patria.

Hemos de declarar abiertamente que desconfiamos en absoluto del aludido simbolismo; porque estamos convencidos de que el fascismo italiano busca con una retirada simbólica, que por tanto no será retirada, atraerse la benevolencia crediticia de la Gran Bretaña y ob-

tener el empréstito de que tan necesitada se encuentra; lo que naturalmente, no les impediría continuar maniobrando a su placer en tierras de España, trayendo y llevando efectivos militares y decidiendo, en una palabra en todas las cuestiones importantes de las tierras de España sometidas a su férula.

No creemos que exista nadie medianamente equilibrado que pueda tomar en serio las proposiciones de Mussolini, así como sus promesas. Mussolini mantendrá sus promesas en tanto se tenga sobre su voluntad la palanca de una amenaza de in-

le financiera; pero una vez que se encuentre en condiciones de disponer libremente del dinero que le haya facilitado el capitalismo inglés, prescindirá de todo lo dicho y hará lo que le convenga o lo que mejor cuadre con sus ambiciones de dominio siempre insatisfechas. Por eso decimos todavía a Chamberlain, suponiendo que obra de buena fe (que ya se ve), que si toma en serio la promesa de Mussolini de retirar a los combatientes italianos de nuestra patria, debe también al mismo tiempo asegurarse el control de la realización de esa retirada; y eso antes de haber "soltado la mosca". Porque en el mismo momento en que Mussolini se encuentre en posesión de las buenas libras británicas, el más que probable, seguro, que se llame andana y prescinda en absoluto del cumplimiento de sus compromisos. Porque nadie puede dudar que el fascismo tiene una manera peculiar y personalísima de interpretar el famoso aforismo latino de "pacta sunt servanda".

GIRONES DE HISTORIA

De Munich a un sector de Levante

Habría de ocupar en la Historia de Europa un puesto relevante. La reunión de Munich condensa perfectamente los caracteres de una época en la marcha de la Humanidad. Tal es la primordial razón de su importancia que no se la proporcionan la personalidad y la representación de los reunidos ni tampoco los problemas que, en concreto, se abordaron allí.

En el tablado de la antigua farsa movieron las rígidas marionetas impulsadas por fuerzas invisibles sin comprender, aquellas, la trascendencia de los resortes.

Tiene la escena matices grotescos con matices diplomáticos. Representa, plasmado en un momento teatral, el estado de una civilización caduca, con rechinar de algo que se resquebraja y síntomas evidentes de putrefacción inevitable. Cuatro gestos; los cuatro aspectos fundamentales del Mundo que se va. La cerrazón mental --el más alto exponente reaccionario-- de forzar el destino, de doblegar los impulsos de la Naturaleza. La petulancia ridícula, sin fondo, basada en un colectivo complejo de inferioridad. La corrección servil la mediocridad contemporizadora.

Hitler: un loco peligroso que explota su locura.

Mussolini: el fantoche.

Chamberlain: la elegancia servil,

Daladier: francés, el amable tu-

Cuatro hombres, cuatro gestos. Los cuatro matices de un sistema que se derrumba. Algo así como los síntomas --nada más-- de una degeneración patológica.

Sobre todo ello apunta la fuerza vital que acabará imponiéndose; el

proletariado revolucionario. No será, acaso, deliberadamente; pero el conjunto, la situación, obedece a la defensa --con fiebre y delirio-- del organismo enfermo, amenazado.

Acaban de llegar los periódicos a un sector del frente. No hay actividad alguna, descansan los combatientes y se abalanzan, en cuanto lo ven, sobre el papel impreso. Se forman grupos y se leen y escuchan con avidez las últimas noticias.

Hay un solo gesto.

Los rostros, curtidos todos en la lucha dura, tienen una expresión de inteligencia fuerte, de un nivel admirable de capacitación.

No hay locura.

No hay fantochería.

No hay corrección servil.

No hay amabilidad vergonzosa.

Todo lo contrario de la vieja estampa, enfermiza, caduca, se manifiesta en este cuadro rebotante de brío. Este cuadro que, a pesar del contraste, tiene con aquél un nexo evidente. Existe entre ambos una solución de continuidad. Allí estaba la escena visible, grotesca, ridícula; aquí los móviles, la fuerza que hace moverse, como figuras azogadas, a las marionetas del tinglado absurdo.

Grupos de soldados. Un poco más allá, los parapetos. Armas, humeantes aun, que descansan en tierra. Guerra y guerreros. Gestación difícil y dolores de alumbramiento.

He aquí el contraste --un contraste histórico-- con aquel otro cuadro de fiebre, de delirio, con extravagancias, con demandas y concesiones de moribundo. ¿Qué vale aquello? ¿Qué puede, a la postre, reportar? Nada. Tiene la marcha imperiosa de la Humanidad hacia su destino impulsos arrolladores. Y la Historia reservó

a los españoles --España es el timón en el mapa de Europa-- el honor extraordinario de marcar, solos, la pauta certera en esa marcha triunfal.

Los combatientes leen las últimas noticias:

"Se ha consumado el sacrificio de Checoslovaquia."

El muchacho críspala los dedos, arroja, lejos de sí, el periódico.

¡Miserables! --exclama.

Y requiere el fusil.



Se ha hablado mucho, se ha escrito mucho y bien sobre los cuatro legendarios jinetes del Apocalipsis.

Nos lo han presentado como la temible cuadruga del mal, con ese aspecto tremebundo de los monstruos de leyenda.

La figura espantable de los cuatro jinetes galopando sobre ruinas nos llenaba de pavor y repugnancia...

Pero... ¡claro!... los tiempos cambian... los conceptos se simplifican... y los cuatro jinetes se han refundido en dos y ya no galopan sobre cabalgaduras de espectros, sino sobre pecheras almidonadas de "prudeycha".

Ya su camino lo forman libertades de pueblos, disimulos de miedo, sorderas de egoísmo...

Los modernos jinetes del mal tienen miedo de su propia obra y quieren ahogarlo en cobardías ajenas...

La misma siebrea de odios, de miseria, de destrucción...

Las trompas bárbaras de los bárbaros jinetes no encuentran en su camino, sino el Jericó del derecho que derrumba sus murallas al estruendo de la exigencia.

Y los jinetes del mal espolean con sus botas forradas las pecheras almidonadas de sus cabalgaduras...

Y las cabalgaduras de pechera almidonada van sumisas por donde les indica la rienda del jinete, para evitar el espoleo brutal que le obligue a seguir...

Y las libertades de pueblos, los disimulos del miedo, los derechos rotos son el camino que pisan en la tierra los cuatro célebres jinetes que, merced a los avances del progreso, han quedado condensados en dos, que con la misma siebrea de odios, de miseria y destrucción, galopan sobre sendas cabalgaduras de pechera almidonada.

¡Y lo peor es, que en su casa no lo saben...!

PROPAGANDA EN EL CAMPO INVADIDO

Hay que impulsar la sublevación de la retaguardia facciosa

La propaganda inteligente en el campo invadido tiene ahora campo abierto al éxito. Dos hechos que no es posible paliar deberían servirle de base. Es uno el de la retirada efectiva de los voluntarios que pelearon por las libertades del Mundo en las trincheras de España. Mussolini y Franco han especulado a su antojo mintiendo ayudas que no hemos recibido ni solicitado; nuestro Ejército, en opinión de tribunas y voceros fascistas, estaba compuesto de rusos y extranjeros, y lo dirigían técnicos soviéticos, franceses... Y de pronto, Negrín, en Ginebra, ha tirado de la venda que cubría los ojos de todos los fanáticos e ignorantes de aquende y allende, de cuantos convertían las patrañas desvergonzadas de Franco en alimento de su mezquino espíritu, y ha dejado sin argumento Aquiles a los invasores.

¿Se está sacando del hecho todo el partido que ofrece? ¿Saben ya los combatientes de Franco y los habitantes de la última aldea gallega que el Ejército popular que se bate por la independencia de España es, desde el primer jefe al último soldado, netamente español, rabiosamente español, orgullosamente español?

Debieran saberlo a estas horas para que extrayeran deducciones descorazonadoras. Porque si nosotros podemos, sin riesgo, desprendernos de colaboraciones extrañas, ¿no queda patente que Franco, al no hacer otro tanto, carece de autoridad y de iniciativa, y, además, necesita para proseguir la guerra de la ayuda sin regateos de quienes, a cambio de ella, se posesionan de las riquezas del pueblo español? Inducir a los que viven en la zona invadida a reclamar de Franco que la lucha quede reducida a una contienda civil, que no permita la hipoteca y el vasallaje, ¿no sería una campaña destinada a sublevar cuanto hubiera de honesto y digno en la zona facciosa?

Hay que hacerla para desnudar a Franco y a la pandilla doméstica que le adula. Hay que presentarlo como quien es, peñete con fajín prostergado ante los generales alemanes e italianos. Y hay que descubrir de forma indubitable a cuantos soportan la invasión y el escarnio que los éxitos que consiguieron fuerzas regulares extranjeras y máquinas del aparato guerrero fascista, tras de convertir en ruinas y miseria bellas y productoras ciudades de España, sólo han de servir para hacer más onerosa la cuenta de los invasores y para exigir concesiones de vilipendio y ultraje ante el altar de unas democracias envilecidas por el miedo.

He aquí el otro hecho sobre el que debe intentarse una propaganda que penetre hasta lo más recóndito del alma española sometida. Si el antifascismo español tuviera colaboraciones y deudas; si hubiera comprometido las riquezas de España y su independencia, ¿no estarían presentes a la hora de intentar acuerdos internacionales las potencias acreedoras del Gobierno legítimo? ¿Por qué Chamberlain y Daladier, pacificadores sin

escrúpulos, negocian con Mussolini y Hitler solamente? ¿Saben los españoles de la zona invadida cuáles son las pretensiones de los dictadores totalitarios? Si lo supieran, querríamos creer que se sublevaría la poca dignidad que les quedara. Y que en un arranque de vergüenza, hundirían a todos los traidores que han entregado el suelo español a lobos carnívoros, y se unirían a nosotros para echar de España a quienes llenaron de escombros el solar ibérico.

En la retirada de nuestros voluntarios y en las condiciones de Hitler y Mussolini para sofocar la guerra de España tenemos elementos para hacer ver incluso a los ciegos de la zona invadida y para poner luz en las tinieblas de espíritus sumidos en la ignorancia. Siempre hemos tenido confianza en la sublevación de la retaguardia facciosa. Pero si ella tiene que venir por saturación de verdades e ignominias, de ultrajes y vergüenzas, nunca como ahora podremos acercar la mecha de nuestras razones al polvorín de las pasiones que se contienen...



Mañana terminará el plazo de la entrega de Checoslovaquia a Hitler, con violación flagrante del Acuerdo de Munich

Conforme pasan los días del plazo, bien exiguo, acordado en la entrega de Munich, se va descorriendo el velo de aquella infamia con que Inglaterra y Francia compraron la paz. Mañana quedará perpetrado en todas sus partes, sin modificación posible, ya que el memorándum intolerable de Hitler a Checoslovaquia, superación enorme de las indignantes proposiciones francobritánicas, ha sido superado por la Comisión internacional, demostrándose que el acuerdo de Munich, además de vergonzoso, ha sido un escarnio y una falsedad más, aunque haya solemnizado con vino del Rhin y con palabras llenas de eufemismo, es decir, de mentiría diplomática.

La guerra así fué detenida; al precio de entregar un pueblo a merced de sus vecinos, se consiguió que los cañones no solucionaran el problema hegemónico planteado entre las potencias fascistas y las sedicentes democracias, sin sensibilidad ni vigor para defender a las pequeñas potencias, demasiado crédulos en estimar verdadera y honrada la promesa solemnemente de las grandes potencias.

La realidad, sin embargo, ha venido a despertarlas de su credulidad,

aunque demasiado tarde, cual le sucedió a Austria, cobardemente sacrificada, y a esta Checoslovaquia, no menos vilmente abandonada y engañada. Lord Runciman fué el emisario que haría la previa labor para la entrega; después vendría Chamberlain —el hombre más nefasto que el Continente ha conocido desde hace varias décadas— a terminar la siniestra obra, y ahí están las consecuencias, pero demasiado tarde ya para hacerlas irreparables. El Acuerdo de Munich fué una cobardía y un engaño. Hitler sostuvo sus pretensiones, no haciendo otra cosa Daladier y Chamberlain que cubrir las formas de una transigencia por parte del tirano alemán, cuando lo cierto, lo indudable, no era que el "führer" hubiera transigido, sino que los jefes del Gobierno de Francia e Inglaterra se entregaron incondicionalmente a sus exigencias.

Se ocuparían los Montes Sudetes, pero, además, demostrando toda la falacia de aquel acuerdo de los "Cuatro", la Comisión Internacional nombrada para la delimitación de las fronteras del mutilado Estado checo, tendría que plegarse a todas las exigencias de los técnicos alemanes, como ahora han hecho, aprovechándose de que las tropas alemanas se encuentran en la región sudete, sin haber tenido que disparar un tiro, con el consiguiente desgaste de material de guerra y pérdidas de hombres.

Así, una vez en manos de Hitler la mejor trinchera de la Europa central, mientras León Blum sigue escribiendo vulgaridades —desde "Le Populaire", con la afirmación de que sigue creyendo en la buena labor que pueden hacer los pacificadores, debeladores de pueblos, Checoslovaquia ve cómo el reparto sobrepasa el Acuerdo de Munich, sin que Daladier ni Chamberlain salgan al paso de los ventajistas de Berlín, demostrándose que el pacto se hizo a sabiendas de estas transgresiones.

Checoslovaquia quedará reducida, como dijimos en nuestros anteriores comentarios, a unos cachos de Moravia y de Bohemia, con innumerables enemigos apretando el cerco de Praga, como se demuestra con los hechos que mañana tendrán la irreparable realidad, exactamente igual que a acontecido con muchos pueblos y ciudades, núcleos importantes del que fué Estado checo, como la localidad de Pertzalka, cabeza del puente de Bratislava, a la orilla del Danubio, sobremanera estratégico, el cual pasa a depender de Berlín, a pesar de ser la población alemana inferior a la checa y a la eslovaca, puesto que alemanes sólo hay 3.700, mientras los checos y eslovacos alcanzan el número de 7.000.

Así se van a delimitar las fronteras del nuevo Estado checo: reduciéndolo a la mínima expresión, con la complicidad de las potencias, puestas a los pies del nazismo germano. Esto nos explica el cierre del Parlamento de Inglaterra y Francia, ya que con luz y taquígrafos no son posibles tamaños hechos.



La columna del "tomate", avanza cansina por los aledaños de la estación camino de las calles céntricas de Madrid.

Un buen operador de cine podría obtener magníficas fotos, colocándose a la entrada del "metro" de Príncipe de Vergara. Compañeras, que al rayar la mañana salieron en caravana, hacia los pueblos limítrofes a la capital, para husmear en las huerfías, arrancando de manos interesadas un poco de fruto de la tierra, para darle de comer a sus chicos, regresan dobladas por el dolor del éxodo, apretando sobre sus cinturas el amasijo de tantas horas de camino y esfuerzos. Un par de kilos de tomate —de ahí la denominación pintoresca de la excursión— unas uvas, media docena de pimientos... Pero la alegría —flor de sacrificio— les rebosa, les domina, les acompaña, como sombra magnífica de silenciosa gesta.

Y siguen su camino, satisfechas. En un recodo de su ruta —aquí un devoto de René Clair, el realizador cinematográfico, podría escoger la escena a su gusto— les sale al paso un gavián. Boina raída, carpeta obesa, desaliño en el vestir, modales atildados y sinuosos. Hace poco se destacó de un grupo de cofrades, que siguieron idéntico camino. El intento de especulación.

Entabla a viva fuerza el obligado diálogo:

—Muy cansadas, ¿eh? ¿Se viene de muy lejos? Esos tomates parece que vienen ya fritos, según lo que crujen. Hoy he cambiado yo un lápiz de los labios por... medio kilo de cariño.

—¿Y no le engañaron en el peso? —pregunta desabridamente una de las mujeres.

—Lo que no me explico —insiste, sin recoger la puya— es el trajín que os dais, para tan poco producto. Treinta kilómetros a pie, un día de agobio fuera de vuestras casas, los chicos en manos de las vecinas... Ahora que todo tiene compensación, si bien se mira. Ahora mismo, yo no tendría inconveniente en pagarlos por ese costo de pimientos, estos diez duros fuertes... ¿Hace?

—¡Usted es tonto! —exclama desgarradamente una de las aludidas.

—¡Y lo peor es que en su casa no lo saben...! —remacha zumbonamente, la más madrileña de todas las madrileñas.

Para el "metro". Las muchachas saltan al andén jubilosas y contentas.

El gavián —boina raída, carpeta obesa, desaliño en el vestir, modales atildados y sinuosos—, salta también, pero para tomar el tren ascendente, que le lleve de nuevo al aguardo de la estación del Pacífico, donde tiene su "puesto", para caer de nuevo sobre la ganga oportuna, desorbitada su acción especulativa, abiertas sus fauces, dispuesto siempre al abuso y al logro.

Y, sin temor a engaño, al encarrarse con cualquiera de estos cultivadores del timo del "tomate", podría muy bien glosarse la salida de tono de la madrileña de marras increpándole: "Usted es fascista. Y lo peor es que en su casa sí lo saben..."

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.